

cuando la abraza?... Comprenderéis que violencia debo hacerme para no arrancársela, exclamando: ¡Eh! ¡no ves que esa no es tuya!... ¡Ah! el crimen es espantoso. ¡Dios mío! ¡pero qué castigo!....

Algunas gentes se aparecieron á lo lejos del camino.

—«Reponeos, la dije.»

Dominó su emocion.

Aquellas gentes pesaron saludándome políticamente.

Después de un momento:

—«En fin, replicó, ¿cuándo es el casamiento?»

Me estremecí, al ver que se adelantaba á la explicación.

—«Todavía no está fijado el día, dije. ¿No debía veros antes? Me habéis hecho en otra vez ciertas amenazas....»

—«¿Y teníais miedo?»

—«No. Creía conoceros bastante, para estar seguro de que no querrais castigar como un crimen en mí el haberos amado. Tantos acontecimientos han sobrevenido desde el día en que me amenazásteis....»

—«Sí, muchos acontecimientos en efecto, interrumpió. Mi pobre padre es incorregible. Una vez más se ha expuesto locamente, y de nuevo mi marido ha debido sacrificar una gruesa suma para salvarlo. ¡Ah! el señor de

Claudieuse posee un noble corazón y es muy triste que yo sea la única para quien le haya faltado la generosidad. Cada una de esas buenas acciones con las cuales me colma y ananada, es para mí un nuevo agravio.... pero al aceptarlas, me quité el derecho de herirlo con un golpe más terrible que el de la muerte.... Podeis casaros con Dionisia; Santiago, nada tenéis que temer de mí....»

¡Ah! no esperaba tanto, Magloire.

Loco de contento, tomé su mano, y llevándola á mis labios:

—«Sois la mejor de las amigas, exclamé.»

Pero vivamente, y como si mis labios la hubieran quemado, retiró su mano.

—«No, eso no, dijo palideciendo.»

Y dominando apenas su turbación:

—«Sin embargo, es preciso que nos veamos todavía otra vez. ¿Tenéis mis cartas, no es verdad?»

| «Todas.

—«Muy bien! Necesito que me las traigais... ¿Pero á dónde y cómo? Me es difícil ausentarme; en este momento, la más joven de mis hijas.... la nuestra, Santiago, está muy enferma... Sin embargo, es preciso acabar... Veamos, ¿estáis libre el jueves?... Sí... En ese caso, la noche del jueves, cosa de las nueve, estad en Valpinson.... Me encontraréis del

otro lado de las bodegas, á la entrada del bosque, cerca de las viejas torres del antiguo castillo que mi marido ha hecho reparar.

—¿Será eso prudente?... pregunté.

—Jamás me he entregado á la casualidad, me respondió, y sobre todo en esos momentos cómo me había de faltar la prudencia!... Tened confianza en mí!... Vamos, es preciso separarnos, Santiago. Hasta el jueves, y sed exacto.

....¿Era, pues, libre? ¡La cadena se había roto, y volvía á ser dueño de mí mismo!

Lo creí así, y en el delirio de mi libertad, perdoné á la señora condesa de Claudieuse todas las amarguras que me había causado en un año. ¿Qué digo?

Entonces me acusé de injusto y cruel.

La admiraba viéndola inmolarse por mi felicidad.

Hubiera querido, en la efusión de mi reconocimiento, arrodillarme á sus pies y besarlos.

Confiar mi secreto al señor de Chandoré era ya inútil.

Podía volver á Boiscorán.

Como estaba á la mitad del camino, lo continué, y cuando llegué á Sauveterre, mi rostro reflejaba tan claro el contento de mi alma, que Dionisia me dijo:

—¿Os pasa alguna cosa feliz, Santiago?... ¡Oh, sí, muy feliz!

Por la primera vez respiraba cerca de ella libremente. Me estaba permitiendo amarla sin temor de que mi cariño le fuera fatal.

Esa seguridad duró poco.

Reflexionando, no tardé en admirarme de la cita singular que la señora de Claudieuse me había dado.

Todo el día del jueves fui acometido por los más tristes presentimientos. Si hubiera sabido cómo hacer prevenir á la condesa, ciertamente que no habría asistido á la cita. Pero no tenía medio alguno para advertírselo.

La conocía bastante para comprender que faltarle á la palabra sería meterse en dificultades.

Cené, sin embargo, á mi hora acostumbrada, y cuando acabé, subí á mi habitación, en donde le escribí á Dionisia que no me esperara esa noche, porque estaría retenido lejos de ella por un negocio de la mayor importancia.

Entregué esa carta al hijo de mi quintero, Miguel, recomendándole que la llevara en el acto.

Hecho eso, reuní todas las cartas de la señora condesa de Claudieuse, en un paquete que me coloqué en el bolsillo.

Tomé mi fusil y salí.

Serían las ocho, poco más ó menos.  
Había mucha luz todavía....

El señor Magloire daría ó no fe á la relación de Santiago de Boiscorán, pero estaba manifiestamente interesado hasta un punto extremo.

Había aproximado su silla.

A cada instante se le escapaban sordas exclamaciones.

—En cualquiera otra circunstancia, continuó Santiago, habría tomado para llegar á Valpinson uno de los dos caminos ordinarios. Lleno de desconfianza como estaba, no pensé sino en ocultarme, y me fui á través de los pantanos. Estaban en parte anegados, lo sabía, pero contaba con que el agua no me detendría, fiado en el perfecto conocimiento del terreno y en mi agilidad.

Me dije que por allí no sería ciertamente visto, y que con nadie me encontraría....

Me equivoqué. Al llegar á los derrames de la Seille y en el momento de atravesarlos, me encontré frente al muchacho Ribot, hijo de un arrendatario de Bréchy.

Pareció de tal manera quedar sorprendido al verme en aquel lugar, que me creí obligado á explicarle mi presencia; mi turbación me volvió estúpido, le dije que tenía un negocio

en Bréchy, y que si atravesaba por los pantanos era por tirarle á los pájaros del agua.

—«Si es así, dijo sonriendo, no hacemos la misma caza.»

Se alejó, pero me dejó vivamente contrariado aquel encuentro. Dando á todos los diablos al muchacho Ribot, continué mi camino; que iba siendo más y más difícil y peligroso.

Hacía tiempo que habían sonado las nueve, cuando llegué á los alrededores de Valpinson.

La noche estaba muy clara, y tuve que redoblar mis precauciones.

El lugar escogido por la condesa para nuestra cita, se encontraba distante más de doscientos metros de las habitaciones y de las granjas, abrigado por las bodegas y próximo al bosque.

Llegué por la parte del bosque.

Ocultado por los árboles exploré el terreno, y no tardé en apercibir á la señora de Claudieuse, de pie, cerca de una de las viejas torres.

Estaba vestida con una bata de muselina, clara, que podía distinguirse muy bien desde lejos.

No descubriendo nada sospechoso, avancé, y luego que ella me vió:

—«Hace cerca de una hora que os espero, me dijo.»

Le expliqué las grandes dificultades del camino por donde tuve que atravesar, y en seguida:

—¿Pero dónde está vuestro marido? le pregunté.

—«Está acostado sufriendo de su reumatismo.

—«No se asombrará de vuestra ausencia?

—«No, Sabe que debe velar á la más pequeña de mis hijas... He salido por la puertecita del lavadero» ...

Y sin dejarme replicar:

—¿Pero dónde están mis cartas? continuó,

—«Aquí están, dije dándoselas.»

Las tomó con un movimiento nervioso y diciendo á media voz:

—«Eran veinticuatro.»

Y sin importarle la injuria que me hacía, se puso á contarlas.

—«Están completas, dijo al acabar.

—«Y aquí están las vuestras, agregó.»

Pero no me las dió.

—«Vamos, declaró, á quemarlas.»

Me estremecí de sorpresa.

—«Habéis reflexionado, exclamé, aquí, á esta hora... La llama atraerá á alguno.

—¿A quién? ¿Qué teméis? Además, vamos á

entrar en el bosque.... Vamos, dadme los cerillos.»

Busqué inútilmente en todos mis bolsillos.

—«No tengo, respondí.

—«Eso no es posible en un consumado fumador, que ni en mi presencia renunciaba á sus puros....»

—«Olvidé mi cajita ayer, en la casa del señor de Chandoré.»

Dió violentamente con un pie en la tierra.

—«Puesto que es así, voy á entrar á tomarlos....»

Era aquello un retardo y una nueva imprudencia.

Comprendiendo que era preciso pasar por lo que quería:

—«Es inútil, le dije, esperad.»

Hay un medio conocido entre los cazadores, de reemplazar los cerillos. Lo puse en ejecución. Saqué de mi fusil un cartucho y le extraje la carga de plomo, que reemplacé con un pedazo de papel. Apoyando en seguida mi arma contra la tierra para ahogar la explosión, inflamé la pólvora.

Teníamos fuego y lo comuniqué á las cartas.

Y algunos minutos después, no quedaban sino restos ennegrecidos que con mis manos esparcía en el viento.....

Inmóvil como una estatua, la señora condesa de Claudieuse presenciaba mi proceder....

—«Mirad, pues, prosiguió lo que queda de cinco años de nuestra vida, de nuestros amores y de nuestros juramentos.... ¡Cenizas!»...

No respondí sino con una exclamación equívoca.

Tenía ansia por retirarme.

Ella lo comprendió demasiado, y de un modo violento:

—«Decididamente os causo horror, exclamó.

—«Acabamos, dije, de cometer una imprudencia inaudita....

—«¡Eh! ¿qué importa!»

Después, con voz sorda:

—«La felicidad os espera, agregó, y una nueva vida llena de embriagadoras promesas; por eso es natural que os cause miedo... Yo, cuya vida ha acabado y que nada tengo que esperar, habiéndome matado hasta la esperanza, nada tengo que temer....

—«Os arrepentís tal vez de vuestra generosidad, Genoveva! dije con tono dulce....

—«Tal vez!.... respondió con un acento que me hizo estremecer. He sido muy débil y cobarde.... ¡Cuánto os habéis de reír de mí... ¡Es una cosa muy miserable ver á una

mujer abandonada, que se resigna y que llora!....

Después, con brusquedad:

—«¡Confesad, replicó, que jamás me habéis amado!....

—«¡Ah!.... sabéis bien lo contrario.

—«Sin embargo, me abandonáis.... por otra, ¡por esa Dionisia!...

—«Estáis casada, y no podéis ser mía.

—«Entonces, si fuera libre..... Si estuviera.... viuda....

—«Seríais mi mujer, lo sabéis bien»....

Con un gesto de marcado extravío, levantó los brazos al cielo, y con una voz que parecía llegar hasta el castillo:

—«Su mujer!.... exclamó. Si estuviera viuda sería su mujer.... ¡Oh, Dios mío!.... felizmente esa espantosa idea no me vino tarde!....

Como de una pieza, al oír aquellas palabras, el célebre abogado de Sauveterre se puso en pié, y plantándose delante de Santiago de Boiscorán, y envolviéndolo con una de esas miradas que tratan de penetrar á lo más profundo de las conciencias:

—¡Y después? preguntó.

Para conservar todavía algunas apariencias de sangre fría, Santiago tenía que recurrir á toda su voluntad.

—En seguida, respondió, intenté lo imposible para calmar á la señora de Claudieuse, para conmoverla y devolverle los sentimientos generosos de los días pasados... Estaba trastonado hasta el punto de no poder ver más claro en mí.... La odiaba mortalmente, y sin embargo, no podía evitarme el compararla.... Soy hombre, y no hay uno que no se sienta conmovido de ser el objeto de tales quejas y de una desesperación tan espantosa... ¿Acaso sé todo lo que la dije? Se trataba de mi felicidad y de la de Dionisia... ¡No soy un héroe de novela! Fuí un cobarde, me humillé, supliqué, mentí... Juré que era mi familia sobre todo la que quería mi casamiento... Esperaba á fuerza de palabras cariñosas, endulzar la pesadumbre de mi abandono... grosero!....

Ella escuchaba más fría que un témpano de nieve, y cuando me detuve:

—“¿Es á mí á quién contais todo eso? dijo con una risa siniestra, ¡Vuestra Dionisia!.... ¡Eh! Si yo fuera una mujer como las otras, guardaría silencio por este instante, pero antes de un año os vería rendido á mis pies.”

¿Había acaso reflexionado después de nuestro encuentro en el camino real? ¿Era acaso la convulsión suprema de la pasión en el mo-

mento en que se rompían nuestros últimos lazos?....

Yo quería hablar más, pero con tono bastante brusco:

—“¡Oh!... ¡basta! interrumpió; ¡evitadme al menos la ofensa de vuestra conmiseración.... Veré.... — Nada os prometo.... ¡Adios!...”

Y huyó hácia el castillo, y yo me quedé de pié, anonadado por el estupor, preguntándome si ella iría á confesárselo todo al conde de Claudieuse.

En aquel mismo instante, maquinalmente quité de mi fusil el cartucho quemado y lo reemplacé con uno nuevo....

Después, como nada tenía que esperar, me alejé á grandes pasos.

—¿Qué hora era? preguntó el señor Magloire.

Me sería imposible precisarla. Hay tormentos durante los cuales se pierde toda noción del tiempo. Tomé para volver por los bosques de Rochepommier...

—No visteis nada.

—No.

—¿Ni oído?

Nada.

—Por lo tanto, según vuestro relato, no po-

díais estar lejos de Valpinson cuando comenzó el incendio....

—Es verdad, en campo raso hubiera ciertamente apercibido las llamas.... Pero estaba bajo el bosque, cuyos árboles me tapaban el horizonte...

—¿Y esos mismos árboles han impedido que las detonaciones de los tiros de fusil disparados sobre el señor de Claudieuse llegaran hasta vos?....

—Podieran haber contribuido. Pero no era necesario. Caminaba con un viento que soplabo ya con violencia y está probado que en tales condiciones, no se oye á cincuenta metros la explosión de una arma de caza...

Apenas podía el señor Magloire reprimir sus movimientos de impaciencia. Y sin apercibirse que estaba más severo que el juez de instrucción:

—¿Así es que, replicó el señor Magloire, creéis que vuestro relato responde á todo?

—Creo que mi relato es la expresión de la más escrupulosa verdad y explica los cargos formulados contra mí por el señor Galpin-Daveline.... Explica cómo tuve que ocultar mi visita á Valpinson, cómo fui encontrado á la ida y al regreso en las horas que correspondían á las del incendio; como en fin mi primer movimiento ha sido de negarlo todo—.

Explica además, por qué la envoltura de uno de mis cartuchos ha sido recogido cerca de las ruinas y porqué el agua en que me lavé las manos se encontraba negra....

Parecía que nada debía quebrantar las convicciones del abogado de Sauveterre.

—¿Y al día siguiente, preguntó, cuando fueron á arrestaros, cuál ha sido vuestra primera impresión?...

—Pensé inmediatamente en lo de Valpinson...

—¿Y cuando os hicieron saber el crimen que se había cometido?...

—Me dije que la señora de Claudieuse había querido quedarse viuda.

Toda la sangre afluyó al rostro del señor Magloire.

—¡Desgraciado!.... exclamó, ¿os atreveis á acusar á la condesa de Claudieuse de semejante crimen!....

La cólera rindió las fuerzas de Santiago.

—¿A quién acusaré pues! respondió. Un crimen se ha cometido y en tales condiciones, que no puede ser otro que ella ó yo. Soy inocente, entonces ella es la culpable....

—¿Por qué no habeis dicho todo eso desde el primer día?

Santiago alzó los hombros.

...¿Cuántas veces, dijo con un tono de amar-

ga ironía, y bajo cuántas fórmulas será necesario que os exponga mis razones?

Si me callé el primer día, era porque aún ignoraba las circunstancias del crimen y porque me repugnaba acusar á una mujer que ha sido mi querida y á quien la pasión ha vuelto criminal; es en fin, porque aun cuando me encontraba comprometido, no me creía en peligro.... Más tarde guarde silencio, porque esperaba que la justicia sabría descubrir la verdad, ó que la señora de Claudieuse no podría soportar la idea de verme acusado, siendo inocente.... Después, en fin, cuando reconocí el peligro, he tenido miedo de la verdad....

La honradez del abogado parecía sobresaltada.

—¡Mentís, Santiago! interrumpió, y voy á deciros por qué habeis callado.... Era difícil encontrar una novela que se ajustara á todas las circunstancias de la prevención.... Pero sois un hombre de recursos, habeis buscado y encontrado.... Nada falta á vuestra relación, nada.... más que la verosimilitud. Me diréis que la señora de Claudieuse ha robado su deslumbrante renombre y que ha sido cinco años vuestra querida—pudiera consentir en creerlos....—Pero ¡que ella con su mano haya incendiado su casa y que se haya arma-

do con un fusil para disparar sobre su marido, eso sí que jamás me hareis admitirlo....

—Sin embargo, es la verdad....

—No, porque el testimonio del señor de Claudieuse es exacto, ha visto á su asesino, es un hombre el que ha tirado sobre él....

—Y quién os asegura que el señor de Claudieuse no sepa todo y que quiera salvar á su mujer perdiéndome.... Eso sería una venganza, eso....

La objeción confundió un momento al abogado pero se repuso pronto.

—¡Ah!.... callaos, exclamó, ó probad...

—Todas las cartas han sido quemadas.

—Cuado ha sido uno cinco años el amante de una mujer, siempre quedan algunas pruebas,

—Ya lo veis que no es así.

—No os obstineis, pronunció el abogado.

Y con una voz que alteraba la emoción y la edad:

—¡Desgraciado!.... agregó, no comprendéis pues, que por escapar del castigo de un crimen, cometeis otro mil veces mayor....

Santiago se retorció las manos.

—¡Es para volverse loco!.... decía.

—En cuanto á mí, siendo vuestro amigo, os creería, prosiguió el señor Magloire, ¿pero de que os serviría?..... ¡Os creerán los de-



más!... F áos, voy á deciros todo mi pensamiento: ann estando seguro de la verdad de vuestro relato, jamás sin pruebas arreglaría en ese sentido mis medios de defensa ... Defender eso que habeis dicho, escuchadlo bien, sería perderos.

Sin embargo, será necesario defenderlo, porque es la verdad ...

—Entonces, interrumpió el señor Magloire, buscareis otro defensor....

Y se dirigió á la puerta para retirarse.

—¡Dios poderoso!—exclamó Santiago abatido, me abandona....

—No, respondió el abogado, pero no sabría discutir con vos en el estado de excitación en que os encontrais.... Reflexionad.... Volveré mañana....

Salió, y Santiago de Boiscorán se dejó caer como una masa sobre una de las sillas de la prisión.

—¡Es un hecho, balbuceó, estoy perdido!...

**Fin del tomo primero.**



